

*Ralph L. Beals, Carl O.
Sauer y Alfred L. Kroeber*

M E S O A M É R I C A

Comentarios al artículo “Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste...”, de Paul Kirchhoff*

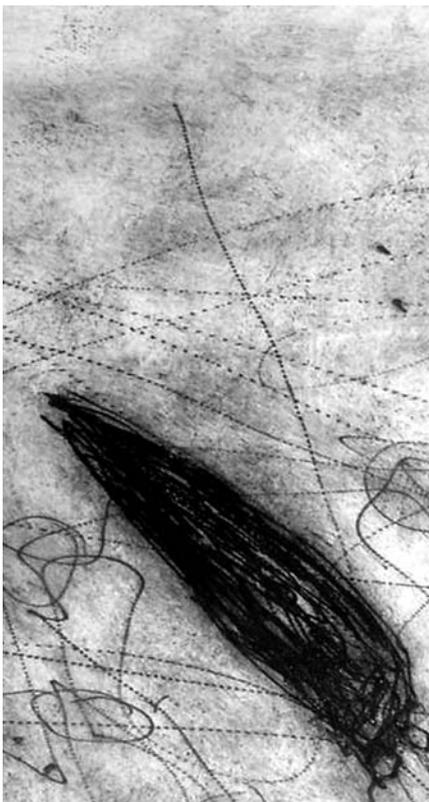
M

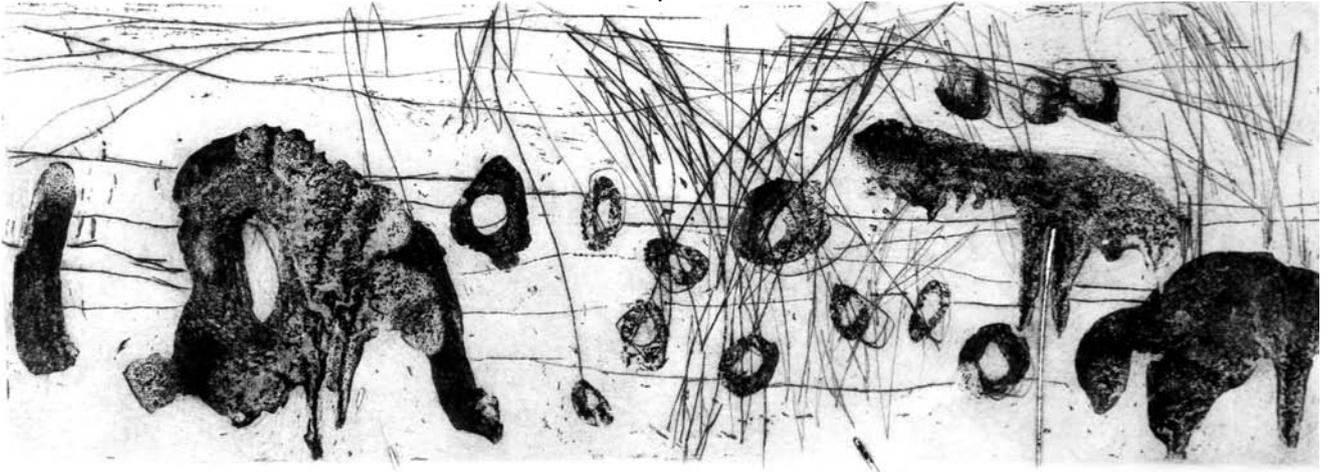
Ralph L. Beals (1901-1985),
Universidad de California (Los Angeles)

La principal observación al análisis de Kirchhoff sobre el Gran Suroeste, tanto en su crítica de la definición previa del área como en las revisiones que propone, no es el haber ido muy lejos, sino por el contrario, el no haber ido lo suficientemente lejos. Esta breve discusión se ocupará más que nada de la elaboración de esta tesis.

La mayor parte del tratamiento del concepto de área cultural ha sido dominado por dos puntos de vista. El primero es que un área dada geográficamente delimitada, contendrá culturas históricamente relacionadas de un tipo mayor. Sin embargo, en la práctica, la delimitación de las áreas se elabora tomando en cuenta las culturas, antes que los límites geográficos actuales. El segundo punto de vista considera que en cualquier área cultural se puede encontrar un foco o clímax, el cual tendrá una fuerte presencia de las características distintivas de dicha área cultural. Aunque este foco puede cambiar de lugar a través del tiempo, se asume que con la información adecuada es posible reconocerlo. Todas las discusiones previas sobre el Suroeste han tendido a aceptar estos supuestos, con la posible salvedad del primer intento de Goddard (1921 [1913]) por caracterizar las culturas de lo que ahora conocemos como el Suroeste. Inclusive aquellas discusiones que intentan redefinir el emplazamiento de varias tribus en el área, tienen una influencia implícita de estas nociones. Tal es el caso de las definiciones de Wissler (1917) y Kroeber (1928), así como de la discusión previa del Gran Suroeste llevada a cabo por Kirchhoff (1943b) y por mí mismo (1943).

* Traducción de Guillermo Palma, a partir de Ralph L. Beals, Carl O. Sauer y Alfred L. Kroeber, “Comments. Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: a Problem in Classification”, en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954, pp. 551-560 (<http://www.anthrosource.net/>). Revisión de la traducción de Jesús Jáuregui y Juan Pablo Jáuregui.





En su trabajo, Kirchhoff aún acepta explícitamente la vieja idea de área cultural, y la existencia de un centro o foco. Él ha tratado de alejarse un poco de estos conceptos argumentando que no hay una sola área cultural en el Gran Suroeste, sino dos. No obstante, yo sugiero que lo que realmente ha tratado es construir una clasificación tipológica de las culturas del suroeste de Estados Unidos y del norte de México; además de trazar su distribución. Al hacer esto, realmente no necesita utilizar los supuestos del concepto de área cultural. Yo sugiero que si se hubiera olvidado del problema del área cultural y hubiera desarrollado más su análisis tipológico, entonces su trabajo resultaría aún más útil y estimulante. De hecho, repetidamente cae en intentos de definir unidades geográficas relativamente homogéneas, dentro de las cuales las culturas deben ser básicamente uniformes. Más aún, si bien ha pasado algún tiempo discutiendo la importancia de otros factores, además del patrón de subsistencia, en el último análisis su tipología descansa casi en su totalidad en dicho factor. Aun en relación con la subsistencia, creo que sus tipologías todavía no son lo suficientemente refinadas.

Para profundizar este último punto: en el nivel prehistórico hay ciertamente una interrogante sobre si el agrupar a todos los pueblos prehistóricos —no agrícolas—, como recolectores, implica un reconocimiento suficiente de la diversidad real del patrón, tanto en el tiempo como en el espacio. Tal vez es igualmente cuestionable si en el presente debemos juntar a los recolectores de mezquite, piñón y bellota. No sólo hay diferencias en el patrón de subsistencia, sino que hay que considerar, por ejemplo, las diferencias entre la banda

patrilineal exógama del sur de California y la banda compuesta de algunas partes de la Gran Cuenca, como previamente lo ha señalado Steward (1938).

En lo que respecta a los pueblos agrícolas, el agrupamiento de todos los agricultores al norte de Mesoamérica, definido por Kirchhoff, es nuevamente una simplificación arriesgada. Hace tiempo que Kroeber (1928) destacó las agudas diferencias, ambientales y culturales, que existen entre la meseta de los pueblos y las tierras bajas de Gila-Colorado-Sonora —diferencias que no sólo abarcan las técnicas de subsistencia, sino otros aspectos culturales—. Históricamente, las influencias que han dominado a estas áreas parecen haber sido también muy diferentes. Además, Kirchhoff elabora un buen argumento al subdividir a los pueblos en un “grupo oriental” y otro “grupo occidental”, aunque no acepta la lógica de su propio argumento.

Basándonos en el patrón de subsistencia, la Tarahumara ofrece una dificultad particular para la clasificación de Kirchhoff. El tipo de agricultura de tierras altas y lluviosas practicado por los tarahumaras, en realidad está más relacionado con la de los otros pueblos del sur de la sierra, como los coras y los huicholes. Sin duda, la agricultura tarahumara es más parecida incluso a la de la Mixteca Alta mesoamericana que a la de los pueblos y más alejada aún de las técnicas de canales de irrigación o de crecidas de río que se observan en los poblados de las tierras bajas.

Me parece que la respuesta a estas críticas específicas no reside en cambiar la aproximación tipológica de Kirchhoff, sino en llevarla más lejos. Sugiero que debería concentrarse más en afinar su tipología y olvi-

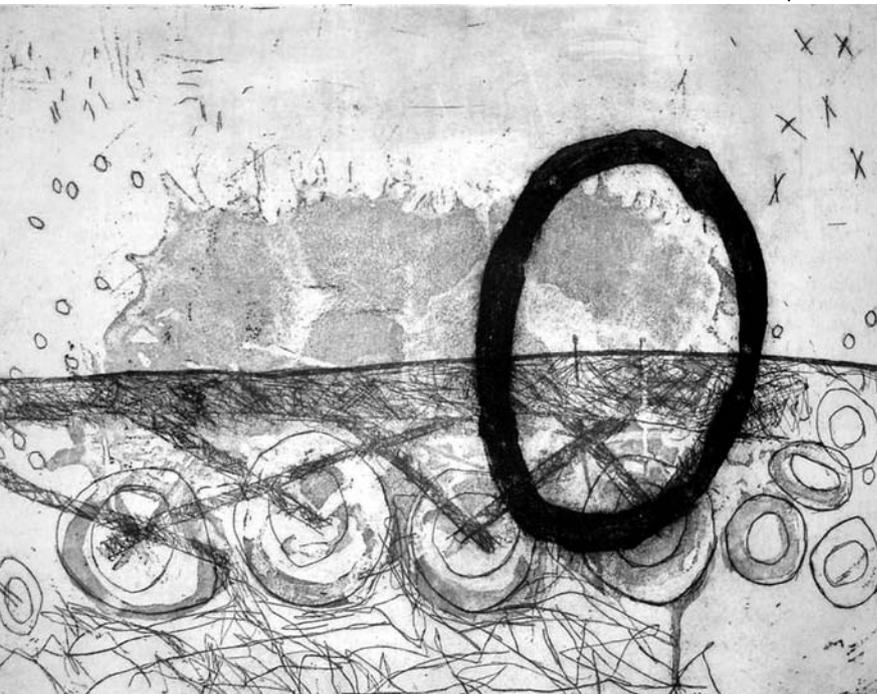
dar por un tiempo el problema del concepto de área cultural. Más aún, me atrevo a sugerir que un punto de vista más ecológico sería de gran ayuda. Dentro de un ensayo esencialmente programático, que ha de ser publicado en el transcurso del siguiente año, he apuntado las potencialidades de una aproximación ecológica al Gran Suroeste. Pienso que esto se podrá relacionar con la clase de análisis tipológico que Kirchhoff ha emprendido.

La aproximación tradicional del concepto de área cultural funcionaba bastante bien para las llanuras, donde Wissler realizó la mayor parte de su trabajo; sin embargo, aún en esa región surgen dificultades. Las llanuras son sustancialmente un área relativamente homogénea en cuanto a recursos naturales. Las diferencias culturales tienden a ocurrir como cambios graduales sobre grandes distancias. Kroeber (1939) reconoce la necesidad de relacionar la cultura con áreas naturales más finamente distinguidas. El Gran Suroeste, por otra parte, se encuentra caracterizado, en su mayoría, por marcados contrastes de las condiciones naturales, en distancias relativamente cortas. Éstos a menudo se encuentran asociados con variaciones de altitud. En consecuencia, al interior de las subdivisio-

nes geográficas relativamente pequeñas del Gran Suroeste, existen diferentes alternativas de adaptación al entorno. Estas alternativas existen no solamente en las marcadas diferencias entre agricultores y no agricultores; sino que se pueden encontrar en el relativo énfasis entre los cultivos de secano *vs.* los de riego, o bien, en la caza o la pesca *vs.* la recolección de plantas alimenticias. De hecho, podemos mencionar que hay diferencias en cuanto al énfasis en el uso de las plantas alimenticias para muchas culturas. Por ejemplo, se puede señalar la ausencia de cualquier uso significativo del roble en la meseta del Colorado.

En conclusión, me parece que Kirchhoff está cerca de traspasar la aproximación de área cultural, que ha sustituido parcialmente con una aproximación tipológica. Mi sugerencia es que debe llevarla más lejos y que algunos de nosotros deberíamos ayudarlo. También propongo que con su aproximación tipológica podemos realmente traer la geografía de vuelta a la consideración del antropólogo. Debemos alejarnos de la aproximación relativamente estéril que intenta establecer una frontera alrededor de una serie de culturas y llamarla un área. En su lugar podemos organizar tipologías culturales y analizarlas de acuerdo con las relaciones ecológicas que existan entre recursos y tecnología; así como las relaciones recíprocas entre éstas y la organización de las sociedades para la producción y el consumo.

Al hacer estas sugerencias, no estoy exhortando a que la aproximación del área cultural sea eliminada por completo. Pero me parece que las numerosas dificultades que han surgido en las partes desérticas de Norteamérica —tan bien revisadas por Kirchhoff (en el artículo que comentamos)— sugieren que los viejos conceptos de área cultural no son particularmente útiles aquí. Esto tal vez sea válido para regiones con marcadas diferencias en su entorno, en distancias relativamente pequeñas. En estas regiones, una combinación de aproximaciones tipológicas y ecológicas podrían probar ser más fructíferas que la idea de uno o varios grupos de culturas relacionadas, cada una con un solo foco o clímax.





Carl O. Sauer (1889-1975),
Universidad de California (Berkeley)

La noción de *apartheid* de una cultura del Suroeste no hubiera surgido, a mi parecer, si México hubiera sido el centro desde el cual los estudios antropológicos se dispersaran por Norteamérica. Kirchhoff se ha aproximado al tema desde el sur; nuestros estudiantes que venían al Suroeste desde el norte, vieron que se estaban adentrando en algo totalmente diferente, pero se detuvieron en la frontera internacional y no lograron ver qué tanto del complejo se hallaba más adelante. Más aún, las nociones sobre la cultura del Suroeste se originaron en los años en que se consideraba apropiado inferir que el endemismo era dominante en la cultura, así como maximizar el desarrollo *in situ* y minimizar la significación de la dispersión y difusión. Un ejemplo familiar es la postulada sucesión de las etapas, desde Basketmaker I hasta Pueblo V, construida principalmente como “evolución” autóctona.

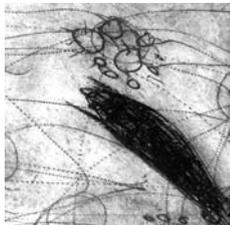
Me parece apropiado examinar, nuevamente, la escena cultural del Suroeste, tanto vertical como horizontalmente, como una amplia y profunda zona de interpretación de pueblos e instituciones originada principalmente en otras partes. Esto involucrará la asociación de la arqueología, la etnología y la lingüística comparativas, con la debida consideración de las realidades geográficas. A manera de una pequeña excepción, espero que Kirchhoff revise los términos “Aridoamérica” y “Oasisamérica”. Estoy de acuerdo con el contenido y el concepto que presenta, pero no con esos nombres. Estas culturas no son producto de medios ambientes específicos, como los nombres lo sugieren. Una cultura debe ser reconocida en términos culturales, sin que sea atada a etiquetas ambientales que, geográfica y genéticamente, son imprecisos y pueden resultar confusos.

De la geografía física de Norteamérica, dos hechos elementales me vienen a la mente: el *cul-de-sac* de las dos Californias y el embudo que hace México con el Suroeste como la parte superior de un cono. Las dos Californias están imperfecta pero muy ampliamente

aisladas del resto del continente por las montañas de la Sierra Nevada, el desierto y por el Golfo de California, y constituyen un primitivo remanso cultural, al cual fueron arrastrados muchos migrantes y desde el cual muy poco se ha producido para reunirse con las corrientes culturales principales. Por otro lado, el embudo mexicano recibió, por el camino del Suroeste, lo que sea que se moviera hacia el sur, desde el norte, y también desde él se generó la mayor parte del flujo de impulsos dirigidos hacia el norte, originados en el sur. El Suroeste es la salida norteña de un gran corredor, estrecho, del Nuevo Mundo. Muy pocas partes del mundo tienen en forma tan enfática y duradera la cualidad de vía de paso obligatoria. Aquí uno esperaría encontrar un máximo de flujo y reflujo cultural, de desplazamientos, interpenetraciones, mezclas y, *per contra*, poca oportunidad de un desarrollo cultural endémico. Ha sido, por miles de años, una frontera profunda entre el norte primitivo y el sur avanzado, una gran arena de aculturación —con la fuerza de los impulsos del norte y del sur fluctuando y tal vez ninguno de los dos desplazando al otro enteramente en ningún momento—.

El embudo mexicano operaba de manera considerable en tres divisiones: por el desplazamiento a través de las costas bajas del Pacífico, a lo largo de los márgenes del Golfo de México y por el centro. Las conexiones que hay entre las costas del Golfo de México y el Suroeste son menos conocidas y, tal vez, excepto por el largo circuito de la cuenca del Mississippi, son menos importantes. Sabemos muy poco de lo que se ha movido a lo largo de la costa oeste continental o a través del centro, ya que el escenario crítico del noroeste de México permanece como la *terra incognita* entre nuestro Suroeste y el México central. Es debido a esta gran área que los estudios de conexión y comparación son tan necesarios, para cuyo fin algunos globos experimentales son lanzados aquí.

Todo el complejo agrícola llegó del sur. No sé de nada que haya sido añadido en el Suroeste, incluso asumiendo que la semilla llamada “tepari” y la “panic grass” (*panicum amarum*) doméstica se hubieran desarrollado bien al sur de la frontera. Las introducciones siguieron rutas distintas y probablemente en tiempos



muy diferentes. Las tres variedades de calabaza y las especies básicas de maíz pudieron provenir de las tres rutas ya mencionadas. Estudios críticos posteriores sobre las formas de las plantas domesticadas podrán arrojar más claridad a la cuestión prehistórica.

Los materiales encontrados en las cuevas de Bat y Tularosa han movido la aparición de la agricultura en el Suroeste muy atrás en el tiempo. También debería notarse que ambos son sitios muy marginales para la agricultura, y no parecen haber sido ocupados sino hasta mucho después de que las áreas más atractivas del Suroeste fueron pobladas por agricultores y hasta que se alcanzó la adaptación a los extremos climáticos por medio de una lenta selección. Es muy posible que la época en que ocurrió la introducción de la agricultura en el Suroeste sea casi la misma que el periodo en que se extendió por Europa. No está probado que esto haya sido llevado a cabo por colonos del sur más que a través de la adopción de la agricultura por parte de los recolectores y cazadores locales, pero es razonable, ya que la selección adaptativa implica una larga y fuerte dedicación para hacer prosperar la agricultura en entornos adversos. Históricamente sabemos para la misma área que la gente recolectora y almacenadora vivía lado a lado con pueblos agrícolas, sin aceptar la agricultura. Desde California y el Golfo de California hasta Tamaulipas en el Golfo de México, la frontera entre la vida agrícola y la no agrícola, bastante aguda en varios lugares, la mitad de las veces se desplazaba a través de áreas ambientalmente apropiadas para la obtención de cosechas. La agricultura es un modo de vida que abarca más que el consumo de alimentos. Su aceptación usualmente involucra, no tan sólo la penetración osmótica de algunas plantas y técnicas de cultivo, sino una sustancial reorientación de la cultura.

La cultura hohokam bien puede constituir una importación bastante directa del sur. Conuerdo con Kirchhoff en que la ingeniería en las obras de irrigación (así como las elaboradas *trincheras* de las laderas) apuntan a una sociedad estructurada. Estructuras permanentes de irrigación, pueblos grandes y compactos, casas de varios pisos, y otras cualidades de una vida “política” —como dijeron los españoles— están registrados en documentos tempranos para una buena parte

de Sonora, tanto entre los pueblos ópatas como los de la Pimería Baja.

Hay partes descuidadas de evidencia documental sobre cultura avanzada en otros puntos del norte de México, bastante dispersos, desde la boca del río Conchos hasta El Zape, en Durango, y Chínipas y Topia en la Sierra Madre Occidental. Los trabajos de exploración de hace cincuenta años de Lumholtz, a través de la Sierra Madre, desde Arizona hasta Jalisco, no han recibido seguimiento. La etnología y el lenguaje continúan desatendidos. La zona de ignorancia permanece entre la arqueología del Suroeste y las excavaciones de Sinaloa de Isabel Kelly y de Ekholm. No sabemos aún si en esta área intermedia tan sólo se encontraban dispersos enclaves de culturas avanzadas o si fue controlada de manera continua por ellas.

Si nuestros muy calificados lingüistas estadounidenses empiezan a mirar de nuevo hacia la filología comparativa, como esperamos, la distribución geográfica de las lenguas deberá arrojar luz sobre las conexiones entre Mesoamérica y el Suroeste. La agrupación [lingüística] Hokan-Subtiaba, si se confirma, puede representar los restos de un antiguo desplazamiento (dirigido al sur) hacia pueblos que alguna vez ingresaron al embudo mexicano, desde el Golfo de California hasta la parte baja de Texas, y que descendieron hasta el angosto pico de Nicaragua.

Durante el tiempo histórico, la mayor parte del embudo, excepto el este, estaba ocupado por diversos pueblos hablantes de [la familia] uto-azteca. La filiación de estas lenguas puede proveer la llave maestra para una posterior historia de la cultura prehistórica. Los académicos mexicanos continúan pensando que el mito de la migración azteca es una recolección nebulosa sobre deambulaciones reales desde una remota tierra de origen norteña, y tal vez tengan razón. No conozco ninguna conjetura tan razonable como ésta de que olas sucesivas de estos bárbaros del norte irrumpieron en las tierras del sur, de gente agricultora sedentaria asimilándose a aquella cultura más avanzada de las tierras que invadieron, pero imponiendo su propio lenguaje, reglas y algo de su impetuoso valor.

Mi pensamiento empezó a seguir esta línea en aquellos viejos tiempos en que trabajaba en el noroeste de

México. Los primeros misioneros españoles se sorprendieron al encontrar que, habiendo aprendido el idioma tepecano, tenían una lengua totalmente útil no sólo entre los tepehuanos sino también entre los pimas y los pápagos; desde los márgenes de Jalisco hasta Salt River, en Arizona, decían que “corría” una sola lengua, en una franja de territorio de cientos de millas de largo, que serpentea por la Sierra Madre y desemboca en las planicies desérticas de Arizona. Sólo una estrecha fractura de montaña separa a los tepehuanos de los pimas, otra separa a los pimas altos de los pimas bajos. La falta de diferenciación en el lenguaje indica que su introducción no data de mucho tiempo. Contra la identidad lingüística, surgen fuertes diferencias culturales: algunos grupos eran poco más que recolectores y cazadores; otros, como los montañeses de Maycoa y Yécora, vivían como sus vecinos, los tarahumaras; aún otros, como los nebome del bajo Yaqui, habitaban aldeas, tenían riego y una vida “política”. Me parece que una migración prehistórica tardía masiva salió de alguna patria original dentro de los límites actuales de Estados Unidos y que algunas bandas se escabulleron por el margen interno de la Sierra Madre, hacia el sur; otras cortaron a través del Yaqui y otras se extendieron por el sur de Arizona. Estos últimos absorbieron los remanentes de los hohokam, recogieron algunas de las técnicas de alfarería, del rojo sobre beige, y se apropiaron de las obras de irrigación que aún sobrevivían. El grupo de enmedio, de la Baja Pimería, habiendo alcanzado el Yaqui y sus valles tributarios, encontró una alta cultura más temprana, fuertemente sobreviviente; la fusión se convirtió en lo que conocemos como los nebome, de habla pima. La separación de los pimas con respecto a los tepehuanos pudo haberse efectuado por una penetración posterior de pueblos cáhtas, dirigiéndose de la planicie de Chihuahua hacia las tierras bajas del sur de Sonora y de Sinaloa, borrando casi toda la cultura anterior de las tierras bajas. En el caso de los ópatas, varias zonas de valle, en donde sobrevivía con fuerza especial la antigua cultura, se encuentran en una matriz de montaña y estepa.

Evidentemente, la hipótesis corre paralela al proceso



de la propagación de los indoeuropeos por Europa. En cuanto a oportunidad física, impulso cultural y amalgamamiento resultante es, de hecho, similar. El estudio del noroeste de México, tanto desde el Suroeste como desde Mesoamérica, debería establecer los hechos.



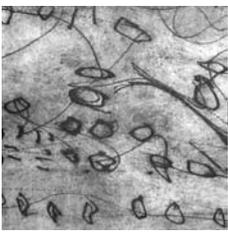
Alfred L. Kroeber (1876-1960),
Universidad de California (Berkeley)

La reinterpretación y el replanteamiento que Kirchoff hace de la vasta área del Suroeste, es interesante e importante. Aquí consideraré principalmente algunas diferencias entre nuestros procedimientos o métodos:

1. Kirchoff le da más peso a la subsistencia que yo. En una región predominantemente árida, las áreas culturales necesariamente reflejan directa y fuertemente el entorno: uno puede cultivar o no puede. En consecuencia, Kirchoff divide su agrandado Suroeste en dos áreas culturales primarias: Aridoamérica, con recolectores, y Oasisamérica, con agricultores.

La confianza predominante en la subsistencia creó dificultades para Elizabeth Bacon (1947) en su clasificación por áreas de las culturas de Asia, como lo señaló (1952: 396 y 401).

2. Es fácil pasar por alto las influencias históricas dentro de la necesariamente estática descripción de las áreas culturales. El flujo histórico total, por supuesto,



no puede expresarse en un mapa o en una descripción que pueda ser plasmada en éste. No obstante, las influencias históricas conocidas en las culturas no deben ser completamente ignoradas en favor de un panorama menos complicado o más definido, resultado de la primacía dada a un único factor, tal como el del entorno natural o el tipo de subsistencia.

Desde que participé en el estudio etnográfico de los walapai, en 1929, he sido consciente de la fuerte semejanza de los walapai y los havasupai, al sur del Gran Cañón, con los paiute meridionales, al norte. Los dos grupos son adyacentes; viven en entornos casi idénticos en altitud, aridez y flora; y el nivel de cultura simple con el que ellos conocieron ese entorno común es también bastante uniforme. Consecuentemente, los hábitos de subsistencia, la tecnología y los artefactos de estos dos grupos son extremadamente similares. Sin embargo, la lengua de los walapai es el yumano y sus afiliaciones y contactos predominantes tenían lugar con las tribus yumanas, como los mohave o los yavapai. Pero, los paiute hablaban shoshone y sus principales relaciones ocurrían con los shoshone y los ute. Estas relaciones, sin lugar a dudas, resultaron en varias herencias ancestrales yumanas, que han conservado los walapai, muchos shoshone y los paiute. Algunas de estas herencias pueden pertenecer al orden de los matices que son difíciles de fijar y describir, aunque suficientemente observables en el comportamiento. No obstante, son parte de la totalidad de la que nos ocupamos. El lenguaje mismo, desde un punto de vista, es una parte natural de la cultura, aunque también se puede separar para otros objetivos de estudio. Por lo tanto, no he dudado en colocar en mis mapas a los paiute y los walapai en subáreas, o incluso en áreas mayores, separadas.

Es cierto que la lengua yumana puede ser hablada tanto al norte del Gran Cañón como en el sur de éste, o para ese caso en los campos bajos del río Colorado: cualquier lenguaje históricamente particularizado es impermeable en su naturaleza ante demasiada interadaptación al entorno. Consideraciones sobre la lengua pueden tender, por ello, a difuminar la agudeza de la conceptualización clasificatoria de las culturas. Pero como la lengua está en la cultura, y la cultura es lo que

estamos clasificando, evidentemente también pertenece al problema. Si la excluimos, podríamos muy bien excluir la mitología, la música y otros tantos elementos. En ese caso, nuestra clasificación no se referiría a culturas totales, sino a aquellas partes de las culturas que muestran una relación bastante patente con el entorno. En otras palabras, en la proporción en que omitamos o ignoremos cualquier porción de cultura en favor de algunas más sensibles al entorno, empezaremos a reducir el círculo de nuestra consideración desde áreas culturales genuinas hacia a áreas ambientales.

Como he dicho acerca de Asia, los mecanismos de subsistencia en su mayor parte tienen dificultad para viajar fuera de su entorno, mientras que las ideas y las religiones se desplazan; esto fue lo que llevó a Bacon (1947) a tener dificultades conceptuales de distribución, tanto dentro como fuera del mapa, entre las culturas sedentaria, nómada pastoral e islámica del suroeste asiático.

3. Como sea, en ciertos sentidos, la historia cultural de un continente como Asia, donde se pueden encontrar con frecuencia extensos registros históricos, resulta más fácil de organizar que la de un continente como la América nativa. Indudablemente en Asia tenemos grandes y duraderos centros de producción cultural primaria mantenidos por mucho tiempo, tal como el Cercano Oriente, India o China; también contamos con grandes esferas de influencia que rodean a cada uno de estos centros. Si Mesoamérica es, correspondientemente, uno de estos grandes centros, su influencia sin embargo declinó, como plataforma continental, mucho más rápidamente. Y desde el México central hacia el norte, el nivel de cultura nativa total muestra en general un contorno muy poco delimitado. Una manera de organizar esto, de percibir los contornos, es buscar centros o focos de productividad, lo que he llamado clímax del crecimiento cultural. Éstos, a pesar de lo pequeña que sea su escala, se manifiestan en sistemas de valores un poco más articulados; en organizaciones más elaboradas de rituales y religiones, en estilos del arte o pensamiento más definidos o especializados. La influencia hacia el exterior de estos núcleos de sistematización de cultura tal vez no se extienda muy lejos, pero constituye



siempre un potencial. Los grandes centros del hemisferio oriental parecen haber empezado con pequeñas sistematizaciones similares, de las cuales algunas prosperaron rápidamente.

La consideración de estos climas culturales introduce, al menos, una validación histórica potencial en nuestro mapeo cultural, y donde los climas han sido consecuentes, como en Mesoamérica, una validación indudablemente histórica. Asumo que el Suroeste es un área cultural pertinente, ya que contiene el clima anasazi. Se volvió más válida cuando encontramos que incluía también el núcleo rival hohokam, aunque de vida más corta. Incidentalmente, la cultura mogollón, ahora generalmente aceptada, aún me parece relativamente sin importancia desde un punto de vista americano genérico, ya que, aunque su base fue amplia y antigua, el crecimiento de ésta no fue notable: la cultura mogollón se fue apagando en vez de florecer. En el Suroeste tenemos más centros secundarios, como la cultura yumana del río y la gabrielino-chumash. El primero es estrecho y especializado, el segundo es amplio y quizá de mayor potencial. No sabemos mucho de la historia de ninguno de los dos, pero el hecho de que durante el corto y reciente periodo para el que los conocemos, hayan sobresalido sobre las culturas vecinas en cuanto a definición de la caracterización positiva, parece darles mayor significación para la historia cultural que la de la cultura mogollón, que en cientos de años fracasó en alcanzar una caracterización definida—en otras palabras, un estilo—. La sospecha de que los ópatas, probablemente, hayan alcanzado el grado secundario o de clima rival—tal vez los cáhitas también— se enfrenta desafortunadamente al poco conocimiento fáctico que tenemos para caracterizarlos con seguridad.

Este conglomerado de climas, con su deducible corriente de productividades interinfluenciantes—pero también de algunas que se diferencian entre sí— a mi parecer presta la mayor ayuda para hacer de la cultura del Suroeste un concepto válido y útil para una comprensión, que se va desplegando gradualmente, del crecimiento de la cultura nativa americana.

Éste no es un pronunciamiento contra la estimulante redefinición de Kirchhoff, sino un suplemento,

con algunas diferencias en la importancia que le damos a algunos factores.

Ciertamente no discutiría la inclusión que hace de las culturas no diferenciadas de la cuenca alta del Colorado y la Gran Cuenca en el Suroeste, o Aridoamérica. Tengo dudas, respecto a California, sobre todo porque ésta posee un clima en la organización del culto kuksu de los pomo, patwin y maidu. Kirchhoff tal vez tenga razón en constituirlo como un clima secundario, derivado, en última instancia, de la estimulación del Suroeste. Por lo general, no lo he interpretado así en el pasado; pero no soy antagonista de tal idea y se necesita tiempo para dejarla asentarse. Es algo que se volverá más o menos probable, a través del análisis de todos los hechos relevantes. He ubicado el subclima gabrielino-chumash en el Suroeste a pesar de su base de subsistencia californiana, debido a sus fuertes tendencias hacia el simbolismo. Los rituales kuksu que se ubican más al norte, dentro de California, quizá muestran una mayor elaboración y organización, pero su contenido parece más “arbitrario” que simbólico.

Para resumir, desde hace tiempo ha sido evidente que el punto más débil de las áreas culturales, tal como las manejamos en la etnología estadounidense, consiste en sus fronteras. La cultura tiende fuertemente a cambiar de manera continua sobre el mapa. Esto es cierto sobre todo entre las poblaciones que viven por lo general en pequeñas y relativamente inmóviles unidades, como las del oeste de Norteamérica. Aquí, si una población móvil o dislocada repentinamente crea una disconformidad cultural aguda con sus vecinos, ésta se empieza a desvanecer rápidamente a través del intercambio de contenido cultural. Aunque las delimitaciones deben ser trazadas, en los mapas ordinarios desafortunadamente tienden a ser la característica más visible entre las mostradas, no obstante que las fronteras son los aspectos menos significativos de esos agregados de cultura, a los cuales estamos acostumbrados a llamar “áreas”.

Si, entonces, es un cierto agregado o conjunto de cultura, más que sus límites, lo que es conceptualmente significativo, la pregunta es: ¿qué es lo que da a este conjunto la unidad característica que posee? Hay tres



respuestas principales: medio ambiente, subsistencia y lo que han llamado ideología o creatividad libre.

El medio ambiente siempre es un factor, pero nunca es el que domina en la conformación de una cultura.

La actividad de subsistencia se halla dentro de la cultura y, por supuesto, es un prerrequisito y, por lo tanto, básica para el resto de la cultura. Su influencia puede resultar extremadamente importante, no sólo en lo que respecta a la tecnología, sino en el tamaño poblacional de la unidad cultural, así como en el margen económico.

La ideología, de algún tipo, también está por supuesto siempre presente así como lo están la organización social y política; pero éstas sólo quedan bien caracterizadas cuando dicha creatividad libre se vuelve activa en grado considerable. Y esta actividad, aunque en alguna medida siempre está presente, se vuelve notable y socialmente efectiva sólo en chorros o ráfagas ocasionales —como el curso general de la historia registrada lo muestra—. Sin embargo, la más intensa de esas ráfagas puede influir sobre largos periodos y sobre grandes áreas. Así, las posteriores ráfagas de creatividad en los procesos intelectuales, artísticos y religiosos suelen basarse parcialmente en ráfagas más antiguas. No puede haber duda de que estas culminaciones creativas tienen una gran importancia para la historia de la cultura humana, y que son altamente caracterizadas. Por lo que sirven no sólo para definir a las culturas, sino para hacerlo con un cierto grado de profundidad histórica. Un “clímax” es una culminación de ese tipo, y también lo es un “foco”. En la medida en que reconozcamos y definamos las culminaciones clímax y desarrollemos el trabajo a partir de ellas, la clasificación del área cultural obtendrá una completa validación y un significado histórico.

Esto no es dicho en controversia, sino en cooperación con Kirchhoff. Si él u otros pueden mostrar que el clímax kuku de California se asemeja a los clímax del Suroeste más que a los de otras regiones, y que su desarrollo puede ser inferido como derivado o estimulado principalmente por influencias del Suroeste, estoy dispuesto a renunciar a la autonomía esencial de toda el área de California. Pero hasta el momento no lo sé.

BIBLIOGRAFÍA

- Bacon, Elizabeth, “A Preliminary Attempt to Determine the Culture Areas of Asia”, en *Journal of Anthropology*, núm. 2, 1947, pp. 117-132.
- Beals, Ralph L., “The Comparative Ethnology of Northern Mexico before 1750”, en *Ibero-Americana*, Berkeley, núm. 2, 1932, pp. 93-225.
- , “Northern Mexico and the Southwest”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1944, pp. 191-199.
- Castetter, Edward Franklin. y Willis H. Bell, *Pima and Papago Indian Agriculture*, Albuquerque, The University Of New Mexico Press, (Inter-Americana Studies, I), 1942.
- , *Yuman Indian Agriculture: Primitive Subsistence on the Lower Colorado and Gila Rivers*, Albuquerque, University Of New Mexico Press, 1951.
- Drucker Philip, “Culture Element Distributions: XVII Yuman-Piman”, Berkeley, University of California Press (*Anthropological Records* VI, 3), 1941, pp. 92-230.
- Franciscan Fathers, *An Ethnological Dictionary of the Navaho Language*, St. Michaels, Arizona, 1910.
- Goddard, Pliny E., *Indians of the Southwest*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1921 [1913].
- Hill, W.W., *The Agricultural and Hunting Methods of the Navaho Indians* (Yale University Publications in Anthropology, 18), 1938, pp. 1-194.
- Kirchhoff, Paul, “Las tribus de la Baja California y el libro del padre Juan Jacobo Baegert”, en *Noticias de la península americana de California*, México, Antigua Librería Robredo, 1942, pp. XII-XXXVII.
- , “Mesoamérica”, en *Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, México, vol. I, núm. 1, 1943, pp. 92-107.
- , “Los recolectores-cazadores del norte de México”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1944, pp. 133-144.
- Kroeber, Alfred L., *Handbook of the Indians of California* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 78), Washington, 1925.
- , *Native Culture of the Southwest* (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 23), 1928, pp. 375-398.
- , *Cultural and Natural Areas of Native North America* (University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 38), 1939, pp. 1-242.
- , *Anthropology*, Nueva York, Harcourt Brace, 1948.
- , *The Nature of Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 1952.
- Spier, Leslie, “Problems a Rising from the Cultural Position of the Havasupai”, en *American Anthropologist*, núm. 31, 1929, pp. 213-222.
- Steward, Julian, *Basin-Plateau Aboriginal Sociopolitical Groups*, (Bureau of American Ethnology, Bulletin 120), Washington, 1938.
- Wissler, Clark, *The North American Indian*, Nueva York, Oxford University Press, 1917.